

## JOSÉ MARÍA DE AREILZA, OTRA VÍCTIMA DE LA «MEMORIA HISTÓRICA»

### UNA OMISIÓN FLAGRANTE

El 29 de octubre de 2015, el Palacio Real de Madrid acogió la solemne conmemoración del sexagésimo aniversario de uno de los hitos de la diplomacia española en el siglo XX: el ingreso de España, como miembro de pleno derecho, en la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Pronunciaron sendos discursos el actual secretario general de la Organización, el diplomático surcoreano Ban Ki-moon, el rey Felipe VI, el presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, y el ministro de Asuntos Exteriores.

En los parlamentos pronunciados por los jefes del Estado, del Gobierno y de la diplomacia española abundaron, como cabía esperar, los ditirambos sobre la labor desempeñada por las Naciones Unidas en los setenta años transcurridos desde su fundación en la Conferencia de San Francisco de 1945, una efeméride que también se celebraba en el susodicho acto. Sí resultó inesperado que los discursos también fuesen pródigos en tácitas alusiones al desafío secesionista planteado por la oligarquía nacionalista de Cataluña, llegándose, en el caso de Rajoy, a manifestar la plena vigencia del principio de integridad territorial consagrado por la Carta de la ONU y a advertir de que ésta es vulnerada por «quienes desprecian o ignoran las normas por las que se rige la convivencia en los Estados democráticos y de Derecho<sup>1</sup>». Lo cual es indudablemente cierto, mas la referencia, aunque fuese implícita, a la grave amenaza que se cierne sobre la unidad nacional en un

acto solemne dedicado a conmemorar un jalón en la historia de nuestro país resultó, además de extemporánea, enormemente descriptiva de la debilidad e impotencia imperantes en el Gobierno de España.

Sin embargo, si por algo destacaron los discursos fue por la omisión de cualquier referencia a las vicisitudes de nuestra incorporación a la ONU en 1955 y del enorme significado de aquel hecho histórico, en virtud del cual España certificaba su adhesión al orden internacional instituido por las potencias vencedores de la Segunda Guerra Mundial. Huelga decir que si España se hubiese incorporado a la Organización una vez instaurado el régimen demoliberal vigente en la actualidad y no hace sesenta años, siendo a la sazón Francisco Franco jefe del Estado, los parlamentos pronunciados en el acto del Palacio Real se habrían explayado en describir cómo nuestra incorporación al gran areópago de la sociedad internacional constituyó un anhelo de todos los demócratas españoles y la constatación del firme compromiso del nuevo régimen democrático, a diferencia del anterior, con la paz y la libertad en un sistema de seguridad colectiva. En definitiva, las magnas autoridades participantes en el acto observaron escrupulosamente la *damnatio memoriae* impuesta a la figura de Franco y al Estado del 18 de julio. Semejante omisión, indefendible por injusta y sectaria, supuso asimismo omitir toda mención a un ilustre español que, amén de significarse por ser, durante la segunda mitad de su vida, un acrisolado liberal y demócrata, contribuyó decisivamente a la adhesión de España a las Naciones Unidas: don José María de Areilza, conde consorte de Motrico. La fecunda trayectoria vital y diplomática del personaje no merece ningunos mezquinos, sino un estudio

---

<sup>1</sup> «Intervención del presidente del Gobierno en el acto solemne de conmemoración del 70º aniversario de la entrada en vigor de la Carta de Naciones Unidas y del 60º aniversario del ingreso de España en la ONU». Disponible en <http://www.lamoncloa.gob.es/presidente/intervenciones/Paginas/2015/prdi20151029.aspx>. Consultado el 10 de marzo de 2016.

riguroso y desapasionado en el que se expongan tanto los méritos atesorados, numerosísimos, como los claroscuros de su pensamiento y de su prolongado desempeño en la vida pública española. Dimanadas de la exasperación por el menosprecio oficial infligido a su memoria, el propósito de las siguientes páginas no es otro que el de trazar un sucinto y humilde bosquejo biográfico de esta cimera figura de la historia de España en el siglo XX.

## FALANGISTA Y CONSPIRADOR MONÁRQUICO

José María de Areilza y Martínez de Rodas nació en la villa de Portugalete (Vizcaya) el 3 de agosto de 1909. Amigo de Ramiro Ledesma Ramos y de Onésimo Redondo, su sincera filiación monárquica y su militancia en Renovación Española, el partido que aglutinaba a la derecha monárquica durante la Segunda República, no fueron óbice para que Areilza facilitase la fusión entre Falange Española y las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS) en 1934. El Alzamiento del 18 de julio de 1936 le sorprendió en Bilbao. Después de trasladarse a una zona rural, donde permaneció bajo la protección de un joven nacionalista vasco<sup>2</sup>, Areilza y otros refugiados se las arreglaron para atravesar las líneas enemigas por un terreno abrupto y alcanzar felizmente la zona nacional. Tendría ocasión de regresar a Bilbao menos de un año después, en junio de 1937, recién liberada la villa, haciéndolo nada menos que investido con la magistratura de alcalde. En los ocho meses que estuvo al frente del Ayuntamiento de Bilbao cumplió diligentemente la tarea que le habían asignado las autoridades de Burgos y Salamanca: normalizar en un plazo mínimo la vida y actividad de la ciudad.

---

<sup>2</sup> DE AREILZA, José María: *A lo largo del siglo*, Editorial Planeta, Espejo de España, Barcelona, 1992, p. 74.

Convertido por entonces al falangismo, Areilza pronunció durante aquel periodo incendiarios discursos en los que exaltaba al «Glorioso Ejército y Milicias Nacionales» y vituperaba inmisericordemente a los enemigos del Alzamiento<sup>3</sup>. Tras cesar como alcalde de Bilbao asumió el cargo de director general de Industria, que desempeñaría hasta 1940.

Fue en aquel año, ya declarada la guerra en Europa, cuando comenzó a preparar en colaboración con el catedrático de Derecho Internacional Público Fernando María Castiella, también vizcaíno, un libro en el que se recogían las principales reivindicaciones territoriales de España con vistas a la conferencia de paz a celebrar tras la previsible y deseada victoria de las potencias del Eje en la contienda. La obra en cuestión, publicada en 1941 por el Instituto de Estudios Políticos con el título de *Reivindicaciones de España*, abordaba de forma exhaustiva las exigencias que España planteaba sobre Gibraltar, Tánger, Orán, el Marruecos francés, África occidental y la Guinea española<sup>4</sup>.

El acendrado monarquismo Areilza, conjugado, como se ha visto con un fervoroso falangismo, le llevó a unirse en esta época a la conspiración monárquica que perseguía derribar a Franco y entronizar al infante Juan de Borbón. Algunos de los conspiradores, entre ellos el propio conde de Motrico y su entonces estrechísimo colaborador, amén de cofundador de la sociedad política «Acción Española» durante la Segunda República, Eugenio Vegas Latapié, llegaron a plantear al conde de Barcelona la posibilidad de que fuese el general Agustín Muñoz Grandes, quien a la sazón contaba con el favor de Hitler, el que encabezase el golpe de Estado que debía restaurar, no la

---

<sup>3</sup> ANASAGASTI, Iñaki y ERKOREKA, Josu: *Dos familias vascas: Areilza-Aznar*, Foca, Madrid, 2003, pp.145-148.

<sup>4</sup> DE AREILZA, José María y CASTIELLA, Fernando M<sup>a</sup>: *Reivindicaciones de España*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1941.

monarquía liberal de Alfonso XIII, sino la monarquía tradicional, católica, social y representativa<sup>5</sup>. Sin embargo, en 1943 Areilza concluyó que, dado el regreso de Madrid a la política de neutralidad en la guerra, las garantías de no injerencia en los asuntos internos de España ofrecidas por Washington y Londres a Franco y el escaso número de monárquicos convencidos, el derrocamiento del Caudillo era inviable<sup>6</sup>. Juzgó Areilza como improcedente el *Manifiesto de Lausana* que don Juan dirigió a los españoles en marzo de 1945, cuando la guerra en Europa se hallaba a punto de concluir con una aplastante victoria aliada, y en el que el conde de Barcelona instaba a Franco a abandonar el poder. Opinaba Motrico que el reavivamiento de la «cuestión española» solamente serviría para agravar la crítica situación general en la que se hallaba Europa<sup>7</sup>.

Abandonadas las veleidades conspirativas, Areilza escuchó con interés la propuesta formulada por su antiguo amigo Alberto Martín-Artajo, quien había sido nombrado ministro de Asuntos Exteriores en julio de 1945, de ser enviado al extranjero en alguna misión diplomática de relevancia. Vegas se sintió profundamente dolido por la actitud «colaboracionista» y «franquista» adoptada a la postre por su antiguo amigo y atribuyó en sus memorias la desertión de Areilza, pese a carecer de pruebas fehacientes, a razones de índole económica, en concreto a los negocios que tenía en Bilbao y a la dependencia de estas pingües actividades de la Fiscalía de Tasas y del Comité de Moneda Extranjera<sup>8</sup>.

## EMBAJADOR EN BUENOS AIRES (1947-1950)

La exitosa y fecunda trayectoria diplomática de Areilza se inició en mayo de 1947, cuando desembarcó en Buenos

---

<sup>5</sup> VEGAS LATAPIÉ, Eugenio: *La frustración en la victoria. Memorias políticas 1938-1942*, ACTAS, Madrid, 1995, p. 269.

<sup>6</sup> *Ibid.* pp. 353-354.

<sup>7</sup> *A lo largo del siglo*, pp. 92-93.

<sup>8</sup> *La frustración en la victoria...*, p.518.

Aires para asumir la jefatura de la misión diplomática de España en Argentina. Se trataba de un destino de crucial importancia, puesto que la Argentina de Juan Domingo Perón era en aquel momento una de las contadas naciones que mantenía gallardamente relaciones diplomáticas con Madrid, haciendo caso omiso de la Resolución de la Asamblea General de la ONU de diciembre de 1946 que condenaba al régimen español y recomendaba la retirada de embajadores. Asimismo, la exportación a nuestro país de cereales y carnes argentinas estaba paliando la grave escasez de alimentos básicos que arrastraba España desde el final de la Guerra Civil.

Al llegar Areilza a Argentina, el volumen de las citadas exportaciones excedía ampliamente los márgenes establecidos en virtud del Convenio comercial firmado el año anterior, habiendo quedado exhausto el límite del descubierto previsto para cada año en dicho acuerdo<sup>9</sup>. Observando escrupulosamente las instrucciones recibidas desde Madrid, desde donde se le urgía a cerrar un nuevo acuerdo comercial a fin de mitigar el revés que suponía la exclusión de España del Plan Marshall, y beneficiándose de la excelente disposición del presidente argentino, el embajador Areilza consiguió la conclusión en abril de 1948 del Protocolo Franco-Perón. Se trataba de un acuerdo bilateral por el que se aplazaba a largo plazo el reembolso de la enorme suma perdida (1.750 millones de pesos, cuando cinco pesos equivalían a un dólar), a cambio de proyectos futuros como la construcción de buques, la constitución de empresas mixtas hispano-argentinas o el establecimiento en la bahía de Cádiz de grandes depósitos de trigo y de carne con vistas a la reexportación a los países clientes de Occidente<sup>10</sup>. El acuerdo, sin embargo, se mantuvo en vigor solamente has-

---

<sup>9</sup> DE AREILZA, José María: *Memorias exteriores 1947-1964*, Planeta, Barcelona, 1984, p. 48.

<sup>10</sup> DE AREILZA, José María: *Así los he visto*, Planeta, Barcelona, 1974, pp. 165-166.

ta diciembre de 1949, fecha en la que el canciller argentino Hipólito Jesús Paz transmitió a Martín-Artajo que Argentina no podía seguir otorgando créditos y se veía, por tanto, obligada a suspender el Protocolo Franco-Perón<sup>11</sup>. La relación especial forjada entre ambos países comenzó entonces a deteriorarse, mas Areilza no desempeñó papel alguno en esa nueva y turbulenta fase en las relaciones hispano-argentinas, ya que cesó en 1950.

## EMBAJADOR EN WASHINGTON (1954-1960)

Cuatro años después, en octubre de 1954, Areilza tomó posesión de un puesto diplomático de suprema categoría: la Embajada de España en Washington, al frente de la cual sustituyó a José Félix de Lequerica, vizcaíno como él y con quien había compartido militancia monárquica durante la Segunda República.

El conde de Motrico expone sucintamente en sus *Memorias exteriores* las indicaciones que antes de partir para los Estados Unidos le transmitieron Franco y Martín-Artajo: lograr que la contrapartida material de los acuerdos ejecutivos de 1953 fuera lo más amplia posible y obtener, valiéndose de las cordiales relaciones entre Madrid y Washington, la normalización de los vínculos de España con el resto de países integrados en el bloque occidental<sup>12</sup>. Apoyándose en el eficaz *lobby* español montado por Lequerica, Areilza se entregó con denuedo al cumplimiento de la misión asignada. Visitó treinta y ocho estados de la Unión, cultivó las relaciones con los altos mandos del Pentágono y propugnó decididamente tanto el ingreso de España en la OTAN, malograda en último término por la oposición

---

<sup>11</sup> REIN, Raanan: «El Pacto Perón-Franco: justificación ideológica y nacionalismo en Argentina», Disponible en <http://www.aldorso.com.ar/especiales/contraconsigna/El%20Pacto%20Peron%20Franco.pdf>. Consultado el 14 de marzo de 2016.

<sup>12</sup> *Memorias exteriores*, p. 83.

de los socios europeos de la Alianza, como la solicitud de un importante crédito a largo plazo a los Estados Unidos pensado para conferir estabilidad a la economía española para el siguiente lustro<sup>13</sup>.

En 1959, además de presentar al Fondo Monetario Internacional (FMI) el memorándum del trascendental Plan de Estabilización aprobado por el Gobierno español, Areilza y su equipo de la Embajada en Washington realizaron frenéticas gestiones a fin de conseguir que el presidente Dwight D. Eisenhower, a quien Franco había invitado formalmente a visitar España, se aviniese a modificar el itinerario de su prevista gira por Europa y se detuviese en Madrid. Areilza recuerda satisfecho en su colección de penetrantes semblanzas titulada *Así los he visto* que se consiguió movilizar para la causa a los senadores más influyentes de la Comisión de Relaciones Exteriores, tanto republicanos como demócratas, a varios miembros del Consejo Nacional de Seguridad y hasta al jefe del protocolo del presidente<sup>14</sup>. Eisenhower fue recibido en la capital de España finalmente en diciembre de 1959 y de manera apoteósica, en lo que fue indiscutible éxito diplomático para el régimen de Franco. Un triunfo al que Areilza había contribuido decisiva y conscientemente.

## GESTIONES PARA EL INGRESO DE ESPAÑA EN LA ONU

La visita de Eisenhower no fue el único hito de la diplomacia española a cuya consecución coadyuvó el buen desempeño de Areilza al frente de la misión diplomática española en Washington. En la incorporación de España a

---

<sup>13</sup> MARQUINA BARRIO, Antonio: *España en la política de seguridad occidental* (1939-1986), Colección Ediciones Ejército, Madrid, 1986, pp. 602-603.

<sup>14</sup> *Así los he visto*, p. 202.



la ONU también desempeñó un papel de excepcional trascendencia.

Afirma el conde de Motrico en sus *Memorias exteriores* que el Gobierno español no tenía verdadero interés en promover el ingreso en la ONU, pues el veto a España permitiría la creación de una imagen de «nación perseguida» que enardecía el patriotismo entre la población española y redundaba en beneficio del régimen. Y añade que, después de hallar en la mesa de los asuntos pendientes un expediente «semiarchivado» dedicado a la eventual adhesión, decidió *motu proprio* promover la causa de España en la ONU desde la Embajada<sup>15</sup>. No obstante, y sin ánimo de restar un ápice de mérito a las cruciales gestiones llevadas a cabo por Areilza a partir de ese momento, lo cierto es que las negociaciones vía Washington para el ingreso de España en la ONU se hallaban abiertas cuando el conde de Motrico asumió el puesto de embajador. En efecto, a instancias del embajador de Estados Unidos en Madrid, que le garantizaba el respaldo de Washington a la iniciativa, Lequerica había realizado una aproximación al secretario general de la ONU, el diplomático sueco Dag Hammarskjöld, a quien consultó la posibilidad de que España enviase un observador oficial a la Organización. En octubre de 1954, es decir, coincidiendo con la llegada de Areilza a Washington, el encargado de negocios, Eduardo Propper de Callejón<sup>16</sup>, recibió confirmación del Departamento de Estado de que Washington apoyaría la solicitud española al igual que muchos otros miembros de la Organización<sup>17</sup>.

Fue entonces cuando Areilza se reunió con Hammarskjöld para exponerle el vivo interés de España por adquirir el rango de país «observador oficial», una solicitud que el embajador presentaría por escrito unas horas después

---

<sup>15</sup> *Memorias exteriores*, pp. 88-89.

<sup>16</sup> En 2007, se le concedió de manera póstuma el título de «Justo entre las Naciones» por su contribución a la salvación de judíos en Francia. En 1945, el Gobierno español le había otorgado la Gran Cruz de la Orden del Mérito Civil.

a petición expresa del secretario general pese al riesgo de que la Unión Soviética se opusiera frontalmente a la iniciativa. A fin de conjurar dicho peligro, Areilza mantuvo varios encuentros en Nueva York con el embajador soviético ante las Naciones Unidas, Arkady Sobolev, el cual, una vez ambos hubieron congeniado, le manifestó que Moscú no consideraba la Resolución de diciembre de 1946 una cuestión decisiva, sino un mero obstáculo jurídico que podía derogarse explícitamente si ello resultaba necesario<sup>18</sup>.

Las gestiones llevadas a cabo por Areilza prosperaron de forma inesperadamente rápida, y a primeros de enero de 1955 se recibió la carta autorizando a España a designar un observador permanente en la ONU, puesto que ocupó el diplomático de carrera José de Erice. De esta manera quedaba revocado *de facto* el veto impuesto a España ocho años antes. El ingreso de nuestro país en la Organización como miembro de pleno derecho tendría lugar en el otoño de ese año, merced al planteamiento por la delegación soviética de una candidatura mixta de la que Japón quedó excluido, pero en la que sí figuraba España, que obtuvo en la Asamblea General a la postre la mayoría de votos requerida. Hace notar Areilza en *Así los he visto* la paradoja de que fuese una propuesta soviética la que facilitase la entrada de España en las Naciones Unidas<sup>19</sup>, la Organización que menos de una década antes la había excluido de su seno y condenado al más ominoso de los aislamientos.

---

<sup>17</sup> VIÑAS, Ángel: *En las garras del águila: los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Crítica, Barcelona, 2003, pp. 315-316.

<sup>18</sup> *Así los he visto*, pp. 186-187.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p.188

## EMBAJADOR EN PARÍS (1960-1964)

En 1960, siendo ya Castiella ministro de Asuntos Exteriores (1957-1969), Areilza cambió la Embajada de Washington, en la que había brillado a gran altura, por la de París. El ministro encomendó a su antiguo amigo y colaborador la tarea de promover desde la capital francesa la aproximación de España a las Comunidades Europeas, a las cuales, dos años más tarde, Castiella solicitaría formalmente la apertura de negociaciones para alcanzar «una asociación susceptible de llegar en su día a la plena integración»<sup>20</sup>.

En los cuatro años que estuvo al frente de la misión diplomática en Francia, Areilza disfrutó de una posición excepcional, muy superior a la que habían tenido sus predecesores<sup>21</sup>. Se ganó la plena confianza del general Charles de Gaulle, a quien llegó a advertir de un inminente atentado contra su persona a cargo de la Organización del Ejército Secreto (OAS), y del ministro de Asuntos Exteriores Maurice Couve de Murville, lo que coadyuvó al mejoramiento general de las relaciones entre España y Francia. Asimismo, Areilza apoyó desde París las gestiones que Muñoz Grandes (con quien le unía una antigua y estrecha amistad), a la sazón vicepresidente del Gobierno, y la Junta de Energía Nuclear (JEN) española iniciaron con las autoridades galas y con el presidente de Gaulle para conseguir de Francia la cesión de un reactor nuclear de uranio natural-grafito-gas. Dicho reactor debía emplearse en programa atómico de índole militar, finalmente abortado por orden directa de Franco, que tenía como fin dotar a España con el arma nuclear<sup>22</sup>.

---

<sup>20</sup> BASSOLS, Raimundo: *Veinte años de España en Europa*, Estudios de Política Exterior, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007, p.102.

<sup>21</sup> PERINAT, Luis Guillermo: *Recuerdos de una vida itinerante*, Compañía Literaria, Madrid, 1996, p.116.

<sup>22</sup> PAYNE, Stanley y PALACIOS, Jesús: *Franco. Una biografía personal y política*, Espasa, Barcelona, 2014, pp. 495-503.

El embajador de España no se limitó a tratar con las autoridades francesas, sino que también entabló negociaciones, respaldado por Castiella, con el embajador soviético en París, Sergei Vinogradov, persiguiendo un único y claro objetivo a medio plazo: el establecimiento de relaciones diplomáticas plenas entre España y la Unión Soviética<sup>23</sup>. Sin embargo, las prometedoras conversaciones se malograron debido a la ejecución en abril de 1963 del dirigente comunista Julián Grimau, el cual fue juzgado y condenado en consejo de guerra por los crímenes que cometió como responsable de la *checa* de la plaza Berenguer de Barcelona durante la Guerra Civil. El proceso y ulterior fusilamiento del citado *chequista* suscitaron una breve, pero virulenta, campaña internacional contra España, en la que se produjo incluso un ataque con cócteles molotov contra el edificio de la Embajada en París. Asimismo, desapareció la buena disposición de las autoridades soviéticas a negociar la normalización de las relaciones bilaterales con España<sup>24</sup>, algo que, según se consigna en sus *Memorias exteriores*, Areilza había advertido en persona a Castiella que sucedería si se procedía con la ejecución de Grimau<sup>25</sup>. El protagonista de esta semblanza plantearía posteriormente, sin ofrecer evidencia alguna, la posibilidad de que el asunto de Grimau hubiese sido orquestado por los sectores más recalcitrantes del régimen precisamente para torpedear el acercamiento a la Unión Soviética<sup>26</sup>. En la citada obra retrospectiva, el conde de Motrico reproduce una tensa conversación que mantuvo en Madrid con un ministro del Gobierno español a quien no nombra. Interpelado por éste acerca de las razones que le llevaban a oponerse a la ejecución del

---

<sup>23</sup> *Así los he visto*, p.261

<sup>24</sup> Las negociaciones entre la España de Franco y la URSS nunca quedaron interrumpidas y fructificaron en septiembre de 1972 con la firma de un acuerdo comercial.

<sup>25</sup> *Memorias exteriores*, p.164.

<sup>26</sup> *Ibid.*, pp. 165-166.

*chequista*, Areilza presuntamente respondió así: «Tengo muchas pero le daré una sola: es un acto que no sirve para nada dentro de España, y que creará un clima de graves consecuencias para la política exterior, especialmente en Europa»<sup>27</sup>.

Según su propio testimonio, el episodio de Grimau, unido a la connivencia de ciertos sectores falangistas con el general Raoul Salan, el fundador de la OAS, y a la airada reacción de Madrid a la celebración del «contubernio de Múnich» permitieron a un Areilza ya plenamente convertido a la democracia liberal constatar la esclerosis del régimen de Franco y la imposibilidad de que éste evolucionase hacia un sistema político homologable al demoliberalismo vigente en el resto de Europa occidental<sup>28</sup>. Profundamente decepcionado, en abril de 1964 Areilza solicitó y obtuvo audiencia con Franco, por cuya figura siempre sintió un hondo respeto<sup>29</sup>. El jefe del Estado le manifestó durante el encuentro la existencia de una radical incompatibilidad entre la democracia liberal y la idiosincrasia del pueblo español, el cual rechazaba, a juicio de Franco, tajantemente la adopción de esa anacrónica forma de gobierno<sup>30</sup>. Fue entonces, una vez hubo certificado que el Estado del 18 de julio no acometería las reformas liberalizadoras que precisaba para ser admitido en el Mercado Común, cuando Areilza, siempre según su propio testimonio y a falta de una investigación que acceda a sus papeles personales, tomó la decisión de dimitir como embajador en París y de romper con un régimen al que había prestado impagables servicios.

---

<sup>27</sup> *Ibíd.*, p. 165

<sup>28</sup> *Ibíd.*, p. 186.

<sup>29</sup> Areilza hizo en esta época las siguientes declaraciones a un periodista estadounidense que se disponía a entrevistar al Jefe del Estado: « [Franco] es ante todo un político [...] Un político entero y verdadero cuya vocación mayor es la de gobernar y dirigir la cosa pública [...] Y no se olvide de que en muchos aspectos, Franco ha sido el gran moderador del franquismo.», *Así los he visto*, p. 316.

<sup>30</sup> *Memorias exteriores*, p. 187.

## CON JUAN DE BORBÓN Y CONTRA FRANCO

Consumado su cese voluntario y transmitida a Franco por carta la urgencia de que España evolucionase hacia una monarquía constitucional, Areilza acudió al Palacio de la Zarzuela para ofrecer sus servicios a Juan Carlos de Borbón, el cual ya se perfilaba como sucesor del Caudillo. Empero, el futuro rey de España, a quien Areilza calificaría públicamente una década después como el «motor del cambio»<sup>31</sup>, rechazó cordialmente su colaboración<sup>32</sup>.

Acto seguido, Areilza se ofreció a don Juan de Borbón, convirtiéndose en 1966 en jefe de su Secretariado Político con la expresa tarea de llevar a cabo una intensa campaña de imagen del conde de Barcelona ante la opinión española y extranjera<sup>33</sup>. Lo que pretendía la corte de Estoril, plenamente partidaria, ahora sí, al igual que Areilza, del liberalismo y de la democracia inorgánica, era dotar a la institución monárquica encarnada en don Juan de fervor democrático y de una retórica favorable a la libertad individual y a los derechos humanos. Lograr, en palabras del conde de Motrico, «que la Monarquía, como forma de Estado, no estuviera identificada con la derecha y, lo que era aún peor, con la extrema derecha conservadora»<sup>34</sup>, y así impedir una eclosión de republicanismo a la muerte de Franco. Se trataba, en definitiva, de una impugnación *in toto* de la monarquía tradicional que había preconizado «Acción Española» y que Areilza había defendido ardorosamente durante la República y en los años inmediatamente posteriores a la Guerra Civil. En cualquier caso, en este periodo las ansias reformistas de Areilza trascendían a la institución monárquica para alcanzar al conjunto de las fuerzas conservadoras existentes en la España de enton-

---

<sup>31</sup> AREILZA, José María: *Diario de un ministro de la monarquía*, Planeta, Barcelona, 1977, p.148.

<sup>32</sup> *Franco. Una biografía personal y política*, p. 563.

<sup>33</sup> AREILZA, José María: *Crónica de libertad*, Planeta, Barcelona, 1985, p. 142.

<sup>34</sup> *Ibíd.*, p.34.

ces. En efecto, el conde de Motrico aspiraba nada menos que a «civilizar a la derecha», lo cual significaba a su juicio hacer comprender a dicho sector político que la democracia inorgánica, las libertades cívicas, la monarquía simbólica y la economía de libre mercado servirían sus intereses de manera más eficaz que la monarquía autoritaria con la que se pretendía dar continuidad al franquismo una vez hubiese fallecido su fundador<sup>35</sup>. Lo que propugnaba Areilza no era otra cosa que la metamorfosis de la derecha en «centro», definido éste por Motrico en sus memorias como la actitud política que se requiere en una época caracterizada por el progreso tecnológico y la convergencia entre ideologías opuestas<sup>36</sup>.

Huelga decir que dicha transformación se terminó haciendo realidad, adquiriendo caracteres de bochornoso travestismo ideológico durante la transición al Estado de partidos, y que el deletéreo proceso ha supuesto la virtual extinción de la derecha, desvirtuada doctrinalmente, tanto del ámbito del pensamiento como de la política misma. Areilza subraya en sus memorias que no entiende la democracia, esto es, la democracia inorgánica, como mera elección de los gobernantes por sufragio universal libre y secreto, sino como medio de participación política y de ejercicio de responsabilidad cívica. Sin embargo, apostilla poco después que un Estado democrático se caracteriza por no regirse por verdades absolutas, por no dar la razón del todo a nadie<sup>37</sup>, lo cual es una atrevida sentencia de impronta kelseniana cuya puesta en práctica en Occidente ha alimentado el nihilismo posmoderno y la disolución de las virtudes cívicas que toda comunidad política precisa para existir.

Franco no fue ajeno al cambio de bandera de su antiguo embajador ni a la resuelta exigencia de un futuro

---

<sup>35</sup> *Ibíd.*, p.96.

<sup>36</sup> *Ibíd.*, p. 118.

<sup>37</sup> AREILZA, José María: *Crónica de libertad*, Planeta, Barcelona, 1985, p. 142.

demoliberal para España que Areilza formulaba en la prensa española valiéndose de la prosa precisa, rotunda y evocadora que le caracterizaba. Si en octubre de 1965 el Caudillo todavía creía en la buena fe de Areilza, a quien consideraba un «muy buen español»<sup>38</sup>, cuatro años después confió a su primo y estrecho colaborador, el teniente general Francisco Franco Salgado-Araujo, que el conde de Motrico y Joaquín Ruiz-Giménez le parecían «unos despechados y unos ambiciosos», que mientras estuvieron en el cargo que él les había adjudicado «no protestaron de nada ni hicieron la menor observación sobre la política del Gobierno», y que una vez lo perdieron, «arremeten contra el régimen al que juraron lealtad y al que sirvieron voluntariamente»<sup>39</sup>. Asimismo, menos de un año antes de su muerte Franco manifestó amargamente a propósito de Areilza y con arreglo a la verdad, en presencia del siempre leal José Utrera Molina, que «en otros tiempos no muy lejanos, este señor era uno de los más crueles zaheridores de la democracia»<sup>40</sup>.

En junio de 1969 el conde de Motrico no dudó en unirse a otras personalidades críticas con el régimen para firmar una carta destinada al secretario de Estado de los Estados Unidos William P. Rogers, el cual se hallaba en Madrid para renovar los acuerdos ejecutivos suscritos en 1953. En dicho escrito, redactado por Areilza en persona, se hacía saber a la opinión norteamericana que era prudente no renegociar acuerdo alguno hasta que España tuviera una forma de gobierno democrática<sup>41</sup>. Areilza, cuya rúbrica encabezaba la lista de firmantes, recibió una multa de cien mil pesetas por su participación en este lamentable episodio.

---

<sup>38</sup> FRANCO SALGADO-ARAUJO, Francisco: *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 1976, p. 457.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 541

<sup>40</sup> UTRERA MOLINA, José: *Sin cambiar de bandera*, Planeta, Barcelona, 2008, p.319.

<sup>41</sup> *A lo largo del siglo*, p. 198.



## MINISTRO EN EL PRIMER GOBIERNO DEL REY

Pese a haber tomado partido decididamente por el conde de Barcelona en 1966, José María de Areilza, fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores en el primer gobierno de la Monarquía de Juan Carlos de Borbón, sucesor de Franco a título de rey.

Cuando accedió al Palacio de Santa Cruz en diciembre de 1975, Areilza sostenía que las Leyes Fundamentales del Reino, interpretadas «de forma abierta, moderna y generosa», podían dar forma a un sistema potencialmente democrático<sup>42</sup>. Con la anuencia del rey Juan Carlos y una vez el presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro, le dio garantías de que en el nuevo Ejecutivo existiría plena libertad para el ejercicio de las opiniones políticas, siempre desde el respeto a la Monarquía recién instaurada<sup>43</sup>, Areilza se entregó por entero a las dos tareas que juzgaba esenciales: impulsar desde España el proceso de reforma política y «vender» dicha reforma en el exterior. En efecto, el ministro de Asuntos Exteriores iba a aprovechar sus viajes al exterior para dar a conocer el proceso de cambio político que se abría en España e iniciar, asimismo, una normalización de las relaciones con los países europeos a fin de facilitar la plena adhesión de España tanto al Mercado Común como a la OTAN<sup>44</sup>.

Entre enero y abril de 1976, Areilza visitó las entonces nueve capitales comunitarias y las respectivas sedes de la Comisión Europea y de la Alianza Atlántica. En aquellos viajes «informativos», Areilza se encargó de transmitir a sus colegas europeos que el Gobierno español había diseñado cuidadosamente un programa político de reformas que, en breve plazo, situaría a España al nivel de las democracias de Europa occidental. Ejecutado dicho pro-

---

<sup>42</sup>«Una clara lección de Areilza», *ABC*, 2 de mayo de 1974.

<sup>43</sup> *Diario de un ministro de la monarquía*, p. 14.

<sup>44</sup> OREJA AGUIRRE, Marcelino: *Memoria y esperanza. Relatos de una vida*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2011, p.126.

grama, España solicitaría la adhesión a las Comunidades Europeas<sup>45</sup>. A finales de enero de 1976 Areilza y el secretario de Estado de Estados Unidos, Henry Kissinger, firmaron en Madrid el Tratado de Amistad y Cooperación hispano-estadounidense, preparado por el anterior ministro de Asuntos Exteriores, Pedro Cortina Mauri, un acuerdo al que el conde de Motrico concedía mayor importancia política, por su probable contribución a la evolución del régimen político español en sentido demoliberal, que defensiva o económica. Areilza despotrica en su diario contra el estamento militar por las objeciones que éste planteó al Tratado, mas estas reservas, lejos de obedecer a un antiamericanismo primario como sugiere Motrico, probablemente estuviesen motivadas por la «politización» del acuerdo, por la ausencia de garantías de seguridad y por la desleal actitud de Washington en el conflicto del Sáhara Occidental<sup>46</sup>. Asimismo, Kissinger, con quien Areilza congenió de inmediato, advirtió a éste sobre los peligros de precipitar las reformas políticas: «El ejemplo portugués supongo ha de servirles. ¡Vayan despacio! *Go slowly!*»<sup>47</sup>.

El viaje de los reyes de España a Estados Unidos en junio de 1976 y el discurso, redactado en su primera versión por Areilza, que Don Juan Carlos pronunció en el Capitolio constituyeron un rotundo éxito, llegando a declarar Motrico años después que la Monarquía española había sido aceptada ante el foro democrático más importante del mundo merced precisamente a ese acto y a ese discurso regio<sup>48</sup>. En cualquier caso, es altamente probable que Areilza, que ambicionaba la presidencia del Gobierno, estimase que este viaje podía servir para potenciar su propia imagen ante las autoridades estadounidenses, si bien el efecto acaso fue justamente el

---

<sup>45</sup> *Veinte años de España en Europa*, p.222.

<sup>46</sup> *En las garras del águila*, pp.436-437.

<sup>47</sup> *Diario de un ministro de la monarquía*, p. 64.

<sup>48</sup> *Memoria y esperanza. Relatos de una vida*, p.137.

contrario. De acuerdo con la investigación realizada por el profesor Charles Powell, el presidente de los Estados Unidos, Gerald Ford, comentó al canciller alemán, Helmut Schmidt, que Areilza había estado «bastante grosero» con Don Juan Carlos en el transcurso de la visita, y a finales de 1976 Kissinger recordaría ante un emisario del rey que Ford se había quedado atónito ante el comportamiento prepotente del ministro, empeñado en contestar a las preguntas que le dirigían al monarca<sup>49</sup>. Semejantes muestras de desdén vendrían a corroborar la existencia, pese al tono generalmente cordial de su colaboración, de una cierta desconfianza entre Don Juan Carlos y Areilza, el cual, apenas siete años antes, había calificado la monarquía que encarnaría el primero como «la que proponen quienes desean perpetuarse con las mismas fórmulas, con los mismos equívocos y con la misma falta de capacidad de lenguaje para entusiasmar a la gente»<sup>50</sup>. Si bien las relaciones entre ambos fueron en todo momento correctas, Charles Powell sostiene que en esta época algunos de los más acérrimos enemigos de Motrico se hallaban en el entorno del monarca. Relata este historiador, que después de que el ministro de Exteriores declarase a comienzos de 1976 que Santiago Carrillo gozaba de derecho a poseer un pasaporte como cualquier otro español, el general Alfonso Armada instó al rey a «echarle a patadas del gobierno porque quiere meternos el comunismo en casa»<sup>51</sup>. Revela asimismo Powell que Areilza y el rey discreparon durante las negociaciones con la Santa Sede y, concretamente, a propósito de la renuncia por parte española al sistema de seisenas y ternas para la designación de obispos. Don Juan Carlos llegó a plantear

---

<sup>49</sup> POWELL, Charles: *El amigo americano*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011, p.372.

<sup>50</sup> PÁNIKER, Salvador: *Conversaciones en Madrid*, Editorial Kairós, Barcelona, 1969, p. 300.

<sup>51</sup> POWELL, Charles: *Juan Carlos. Un rey para la democracia*, Ariel/Planeta, Barcelona, 1995. Traducción de Ángela Pérez, p. 186.

a su ministro si no estaría cediendo todo a cambio de nada, corriéndose el riesgo de contrariar al sector más conservador del clero, a lo que Areilza contestó enfatizando la importancia de transigir con el Vaticano y así alejarse de la obstinada actitud mantenida por Franco en esta materia<sup>52</sup>. Indicio adicional de que ambos personajes no siempre congeniaron es que Don Juan Carlos, consumada la dimisión de Arias en julio de 1976, transmitió la petición a Areilza de permanecer en el Gobierno no directamente, sino a través de Adolfo Suárez<sup>53</sup>. Gestión que no prosperó, pues Areilza, que se sentía profundamente frustrado por los insuficientes avances en el proceso de reforma política<sup>54</sup>, se negó a formar parte de un Gobierno cuya jefatura, entendía, le debería haber correspondido a él.

En efecto, el taimado Torcuato Fernández-Miranda, a la sazón presidente de las Cortes Españolas, de manera cínica había hecho creer a Areilza que el rey lo consideraba su favorito y que, si bien en circunstancias normales no tendría muchas posibilidades de suceder a Arias Navarro, en última instancia el Consejo del Reino, la institución encargada de presentar al rey la preceptiva terna de candidatos a ocupar la jefatura del Gobierno y que Fernández Miranda también presidía, se sometería a la voluntad de su presidente<sup>55</sup>. De este modo,

---

<sup>52</sup> *Ibíd.*, p.187.

<sup>53</sup> *Ibíd.*, p.195.

<sup>54</sup> En marzo de 1976 Areilza llegó a reunir un grupo de trabajo encabezado por Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón al que encargó la elaboración de un proyecto de reforma de las Leyes Fundamentales del Reino. Dicho proyecto fue desechado por Adolfo Suárez, a la sazón secretario general del Movimiento, quien arguyó la inconveniencia de que el Rey sometiese directamente las bases constitucionales a referéndum nacional, tal como recogía el documento. Recuérdese que Suárez también torpedeó el proyecto de reforma planteado por Manuel Fraga. Ver HERRERO Y RODRÍGUEZ DE MIÑÓN, Miguel: *José María de Areilza y Martínez de Rodas: in memoriam*; ANALES DE LA REAL ACADEMIA DE LAS CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS, año L, número 75, curso académico 1997-1998, Madrid, 1998, p.699.

<sup>55</sup> ORTÍ BORDÁS, José Miguel: *La Transición desde dentro*, Planeta, Barcelona, 2009, p. 248.

embaucando a Areilza, Fernández Miranda lograba debilitar todavía más la precaria posición de Arias y, al mismo tiempo, contener las ambiciones de la otra gran estrella del primer Gobierno de la Monarquía: Manuel Fraga<sup>56</sup>. Todo con el objetivo inconfesado de aupar a Adolfo Suárez a la presidencia del Gobierno. Tan convencido estaba Areilza de que el rey lo designaría presidente que llegó a manifestar a José Miguel Ortí Bordás, destacado reformista del sector «azul» y compañero suyo en la Comisión Mixta Gobierno-Consejo Nacional, su intención de organizar un Ejecutivo de concentración nacional en el que estuviesen representadas todas las «familias» políticas. Areilza deseaba que en dicho Gobierno los falangistas contasen con dos carteras ministeriales, por lo que solicitó a Ortí Bordás que concertase un encuentro a tres bandas con el histórico falangista José Antonio Girón, miembro del Consejo del Reino y abanderado del inmovilismo. La reunión no llegó a celebrarse debido al nulo interés mostrado por Girón, pero Ortí Bordás expresa en su impagable libro de memorias la sospecha de que la verdadera intención de Motrico fuese pactar con el ex ministro de Trabajo el apoyo de éste en el Consejo del Reino y garantizar así su inclusión en la preceptiva terna<sup>57</sup>. Asimismo, dicha obra retrospectiva atestigua que Areilza, verdaderamente humillado por la designación de Suárez como presidente del Gobierno, atribuyó dicho nombramiento a una conspiración derechista que perseguía impedir la reforma del Estado del 18 de julio en sentido demoliberal y en la que Suárez desempeñaba el papel de mero y prescindible peón. Sería un «milagro», declaró Motrico a Ortí Bordás, que el hombre que llevaba meses obstaculizando la reforma política abjurase del continuismo que parecía profesar y se convirtiera a la democracia<sup>58</sup>. La astuta maquinación de Fernández-Miranda, a la que Areilza era, como se ha visto, completamente ajeno, obró el *milagro*.

---

<sup>56</sup> *Ibíd.*

<sup>57</sup> *Ibíd.*, pp. 240-242.

<sup>58</sup> *Ibíd.*, pp. 248-249.

## DEL PARTIDO POPULAR A COALICIÓN DEMOCRÁTICA

Frustrada su ambición de liderar el proceso de reforma desde la presidencia del Gobierno, José María de Areilza se unió al ex ministro de Información y Turismo (1974) Pío Cabanillas con el objetivo de crear un partido, federación o coalición de signo centrista, que contase con el apoyo del Gobierno de Suárez y actuase como contrapeso a la Alianza Popular (AP) de Fraga. De la iniciativa de Areilza y Cabanillas, que mantuvieron contactos directos con Felipe González y Santiago Carrillo entre otros significados dirigentes de la oposición ilegal, surgió el primer Partido Popular. En torno a este nuevo partido se fue conformando una coalición de pequeñas agrupaciones políticas que adoptó la denominación de Centro Democrático. Sin embargo, en febrero de 1977, poco antes de la celebración del primer congreso del Partido Popular, Cabanillas reveló que desde el Gobierno se estaba ejerciendo una presión durísima para que Areilza no fuera la cabeza visible de la nueva y aparentemente prometedora organización<sup>59</sup>. Cualquier atisbo de duda que pudiera existir acerca de quién estaba detrás de la maniobra quedó disipado al mes siguiente, cuando el ministro de la Presidencia, Alfonso Osorio, dejó meridianamente claro a Cabanillas que Suárez veía a Areilza como un rival en la jefatura del naciente bloque centrista y que exigía su defenestración. Si el Partido Popular se avenía a prescindir de Areilza, añadió Osorio, contaría con el pleno respaldo del Gobierno; si no lo hacía, jamás contarían con apoyo oficial. Al tener conocimiento del ultimátum, Areilza transmitió a la plana mayor del Partido Popular las siguientes palabras: «Suárez ha pedido mi cabeza. Debéis entregársela pidiendo por ella un alto precio. Puede haber muchas carteras, subsecretarías y direcciones generales en la contrapartida. En el autobús de la Mon-

---

<sup>59</sup> DE AREILZA, José María: *Cuadernos de la transición*, Planeta, Barcelona, 1983, pp. 93-94.

cloa hacia la carrera de San Jerónimo debe haber plazas para todos»<sup>61</sup>. Areilza, pues, claudicó, y Suárez tuvo de esta manera vía libre para utilizar el Centro Democrático, pronto Unión de Centro Democrático (UCD), como medio para concurrir a las elecciones generales de 1977.

En diciembre de 1977 Areilza asumió la jefatura de la Federación Liberal, que poco después se convirtió en un partido político unificado que adoptó el nombre de Acción Ciudadana Liberal. En 1979 se unió a la AP de Fraga y al Partido Democrático Progresista de Osorio para conformar una coalición que concurriría a las elecciones generales celebradas en marzo de 1979 bajo la denominación de Coalición Democrática (CD). Los resultados fueron decepcionantes, solamente nueve escaños y poco más de un millón de votos (siete escaños y medio millón de sufragios menos que los obtenidos por la Alianza Popular de los «siete magníficos» en 1977), si bien Areilza obtuvo acta de diputado por Madrid.

Miembro de la ponencia que elaboró el Estatuto de Autonomía del País Vasco, propugnó un documento avanzado que recogiese competencias más amplias que las contempladas en el texto de 1936, una postura que lo enfrentó con Fraga<sup>62</sup>. Al vehemente líder de AP tampoco le entusiasmó que Motrico, que había trabado una relación cordial con el dirigente del Partido Nacionalista Vasco (PNV) y también diputado Xabier Arzalluz (1977-1980), se valiese de sus contactos con *refugiados* vascos en Francia para buscar una interlocución con ETA militar<sup>63</sup>. En cualquier caso, y a pesar que las relaciones entre ambos eran cada vez peores, Fraga apoyó a Areilza en las gestiones, a la postre exitosas, para la designación de éste como presidente de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, un puesto que Areilza ejercería desde 1981 a

---

<sup>61</sup> *Ibid.*, p.114.

<sup>62</sup> FRAGA IRIBARNE, Manuel: *En busca del tiempo servido*, Editorial Planeta, Espejo de España, Barcelona, 1987, p. 166.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p.170 y *Dos familias vascas: Areilza-Aznar*, pp. 319-320.

1983<sup>64</sup>. Desde esa elevada magistratura, Motrico trabajó en pro de uno de sus grandes ideales, la unidad de Europa, una Europa que Areilza entendía en esta postrera etapa de su vida política como «pluralidad y coexistencia de opiniones dentro de la libertad civilizada; tolerancia y diálogo son las características del espíritu europeo»<sup>65</sup>. Areilza concurreció a las elecciones de 1982 en las listas de una UCD en descomposición y no fue elegido diputado.

Tres años después pronunció entre los recios muros del Monasterio de El Escorial con motivo de la visita a España de los reyes de Holanda un discurso que puso de manifiesto hasta qué punto había cambiado el pensamiento del coautor de *Reivindicaciones de España*, una obra en cuyas páginas se formulaba el siguiente aserto: «toda la postración nacional del siglo XIX se halla atravesada por un río caudaloso de hipercrítica afrancesada y liberal que se suma satisfecho a la tesis de la leyenda negra y comparte, saboreándolos, los puntos de vista de nuestros enemigos. El liberalismo español es quien consolida la doctrina de nuestra decadencia, presentándola como algo fatal e inherente a la nacionalidad hispana»<sup>66</sup>. Pues bien, cuarenta y cuatro años después, Areilza declaraba, entre otras sentencias, que la política adoptada por Felipe II como respuesta a la rebelión de los Países Bajos «fue sencillamente un monumental error» y que «hoy vemos con claridad sosegada el grave riesgo que para un pueblo entero supone la existencia de un gobernante que se cree depositario de una verdad absoluta; que se considere a sí mismo instrumento de la Providencia o que piense actuar como brazo ejecutor del Altísimo»<sup>67</sup>. No es extraño que Fraga testimoniase que en

---

<sup>64</sup> *En busca del tiempo servido*, p. 210.

<sup>65</sup> DE AREILZA, José María: *La Europa que queremos*, Espasa-Calpe, Madrid, 1986, p.13.

<sup>66</sup> *Reivindicaciones de España*, p. 25.

<sup>67</sup> «La concordia entre los Países Bajos y España / Disertación de José María de Areilza», 1985, Biblioteca de la Real Academia de las Ciencias Morales y Políticas, Madrid.



ese discurso, que enjuiciaba anacrónicamente la política europea de la Monarquía Católica valiéndose de argumentos de índole liberal, se habían dado demasiadas explicaciones, aceptando así las tesis más negativas de la «leyenda negra»<sup>68</sup>.

## ÚLTIMOS AÑOS

Retirado de la vida política, Areilza continuó escribiendo penetrantes monografías y deliciosos artículos periodísticos hasta comienzos de los años noventa. Falleció en Madrid el 22 de febrero de 1998, a los ochenta y ocho años de edad, siendo inhumado en el panteón familiar sito en Motrico, donde ya descansaban los restos mortales de su esposa, Mercedes Churruca y Zubiría, fallecida en 1991, y de su hija Mercedes. Las únicas personalidades presentes en los oficios fueron el entonces presidente del Banco Bilbao Vizcaya, Emilio Ybarra (que fue concejal en el Ayuntamiento de Bilbao); el alcalde del municipio guipuzcoano, el peneuvista Kepa de Astigarraga; la juntera por Vizcaya del PP, Pilar Aresti; y el antiguo senador, a propuesta del PNV, Juan Ignacio Uría<sup>69</sup>. Pese a la casi unánime exaltación a su figura suscitada por su óbito, desde Madrid no acudió al sepelio ningún dirigente político. Se preludiaba de esta manera el triste e inmerecido desaire oficial en que las más altas autoridades del Estado incurrieron en octubre de 2015.

Pablo G<sup>İ</sup>ERRERO

---

<sup>68</sup> *En busca del tiempo servido*, p.401.

<sup>69</sup> *Dos familias vascas: Areilza-Aznar*, p. 327.

